

NOTAS HISTÓRICAS Y GEOGRÁFICAS

Artículos

LA PROGRESIÓN DE LOS CLIVAJES EN EL SISTEMA DE PARTIDOS CHILENO

CLEAVAGES PROGRESSION IN THE CHILEAN PARTY SYSTEM

Mauricio Rojas Casimiro

Universidad de Playa Ancha, Chile.

mauricio.rojascasimiro@upla.cl

<https://orcid.org/0000-0001-7118-2137>

Leticia M. Ruiz Rodríguez

Universidad Complutense de Madrid. España

leticiamaria.ruiz@cps.ucm.es

<https://orcid.org/0000-0002-3279-3549>

Pablo Toro Monroy

Universidad Diego Portales, Chile.

pablo.toro@mail.udp.cl

<https://orcid.org/0000-0001-6620-096X>

Resumen

El artículo plantea una reflexión sobre el origen y evolución de los clivajes dentro de las transformaciones que ha experimentado el sistema de partidos chileno. Sin negar el alcance que ha tenido la reforma al sistema electoral para las elecciones de 2017, el artículo muestra la potencialidad de revisar los postulados sobre los clivajes que han organizado históricamente la contienda política en Chile. Este trabajo repasa la evolución de los clivajes de clase y religioso y la subsecuente división autoritarismo/democracia que organizó la contienda partidista durante dos décadas. Finalmente, se examina la vigencia de esta estructura de clivajes tras las movilizaciones estudiantiles de 2011 y los comicios de 2017. Se expone la limitada capacidad del enfoque clásico de clivajes para resumir las dinámicas partidistas actuales y la estructura de la competencia política de Chile. A su vez, se plantea una revisión del concepto para entender la estructura del sistema de partidos del Chile del presente.

Palabras Clave: sistema de partidos, Chile, clivajes, partidos políticos.

Abstract

The article discusses the origin and evolution of the cleavages within recent transformations of the Chilean party system. Without denying the impact of the 2017 reform of the electoral system, the article argues about the need of reviewing our assumptions about cleavages that have historically organized the political contest in Chile. This work goes over the evolution of class and religious cleavages, and the subsequent authoritarian/democratic division that organized partisan dynamics for two decades. Finally, it analyzes how valid this cleavage structure continues to be after student mobilizations of 2011 and the 2017 elections. We argue about the limited capacity of the classical cleavage approach to summarize the current partisan dynamics and the structure of political competition in Chile. At the same time, it is offered a renewed version of the concept in order to understand the structure of the party system in present-day Chile.

Keys: party system, Chile, cleavages, political parties.

1. Introducción

El origen y evolución de los partidos políticos en Chile ha seguido, con las particularidades del caso, la línea planteada por Lipset y Rokkan (1967). La aparición de los partidos se debe a una serie de *cleavages* históricos. Con la división prematura de las sociedades durante sus procesos de desarrollo, disímiles conflictos provocaron alineamientos sociales que cuajaron políticamente en forma de partidos. De este modo, el surgimiento de las organizaciones partidistas tiene estrecha relación con el proceso de construcción del Estado-Nación. Así pues, dependiendo de cómo se enfrenten los clivajes se dará lugar a la formación de un tipo u otro de partidos¹. Sin embargo, los sistemas de partidos no son producto exclusivamente de las particiones o conflictos societales. De ahí que fisuras similares pueden producir consecuencias diferentes en combinación con otros factores. Al respecto, ni la perspectiva sociológica de Lipset y Rokkan, ni la institucional, iniciada por Duverger (1954), son por sí solas capaces de explicar en su totalidad el origen de los sistemas de partidos. Como señala Powell (1982), ambas aproximaciones tienen dosis de incertidumbre².

Para el caso de Chile, autores como Scully (1992, 1996), Samuel Valenzuela (1983, 1999, 2007) y Arturo Valenzuela (1983, 1985), entre otros, argumentaron años atrás que la estructura de su sistema de partidos hunde sus raíces en coyunturas críticas claramente identificables. Los *cleavages* representan, por lo tanto, un punto de inflexión en dicha estructuración a través de la reelaboración del sistema mismo o por la incorporación/irrupción de nuevas orgánicas dentro del sistema.

Específicamente, el sistema de partidos chileno ha estado basado en un modelo tripartito, el cual germinó posterior al proceso de independencia³. Este devenir es producto de grandes fisuras históricas-sociales: hablamos del conflicto religioso, de clase urbana, y rural

¹ Se establecen cuatro grandes *cleavages*: a) centro/periferia, b) eclesiástica y secular; c) partidos de origen campesino y de origen urbano; d) trabajo asalariado y capital. Esta teoría a pesar de ser la más aceptada tiene, para algunos autores, aspectos que son abordables. Cotarelo (1985, p. 23) señala que una de las debilidades es su marcado eurocentrismo.

² De ahí que Ordeshook y Shvetsova (1994) o Cox (1997) apelen tanto a las variables sociológicas como institucionales.

³ En la época, los partidos no representaban el concepto moderno del término. Sin embargo, eran más que estrictas agrupaciones que giraban alrededor de personalidades o por simples conexiones familiares (DEL CAMPO, 1991, p. 181).

(SCULLY, 1992, p. 11). Para A. Valenzuela las escisiones generativas están definidas por: centro-periferia, religiosa y de clase (VALENZUELA, 1985, p. 5). Existen diferencias denominativas⁴, pero más allá de ellas, los autores destacan que la génesis del sistema se estructuró a partir de las posturas adoptadas por las élites políticas, quienes, en cada una de las fisuras, promovieron nuevas opciones a través de la creación de partidos y embrionarias alianzas⁵. Por lo tanto, en cada uno de los trances duales germinó y se consolidó un sistema *grosso modo* tripartito que progresó hasta fijar la representación de una nueva escisión.

Dicho esquema, también denominado de los ‘tercios políticos’ (derecha, centro e izquierda), permaneció durante gran parte del siglo pasado, hasta que surgió una nueva división tras el interregno autoritario. Su inicio se sitúa en el proceso de transición a la democracia que comienza con los resultados del referéndum de 1988 al triunfar el No. Esta línea de división denominada autoritarismo/democracia, o clivaje Pinochet, ha estructurado una parte de la competencia partidista (RABKIN, 1996; MUNCK y BOSWORTH, 1998). A ello ha contribuido la existencia de un sistema electoral mayoritario que promovía la competencia bipolar (binominal). Una vez reformado este sistema electoral, volviendo a la tradición pre-1973 aplicándose un sistema de tipo proporcional inclusivo para las elecciones de 2017, estimamos que el sistema de partidos ha emitido señales sobre el fin de la preeminencia de esta línea y el surgimiento de una nueva conceptualización sobre los clivajes, especialmente desde la coyuntura crítica de 2011.

A propósito de estas transformaciones, se ha asistido a una recuperación del debate en torno a las fisuras y su capacidad para comprender la evolución del sistema de partidos. Dicho eso, algunos de los postulados (que se tornaron como saberes garantizados) han sido repensados a la luz del progreso del sistema de partidos chileno en las últimas décadas. Básicamente, nos referimos a tres ideas: que los partidos son fuertes; que el sistema está definido inequívocamente por tres bloques ideológicos (casi iguales); y que el sistema de partidos chileno es bastante estable. Mainwaring *et. al*, (2001) señala que lo anterior debe ser reanalizado, ya que, si bien los partidos chilenos han sido fuertes, se evidencia la aparición

⁴ Como vemos, ambos autores rondan en la clasificación de Lipset y Rokkan quienes establecieron la existencia de cuatro grandes clivajes a raíz de la construcción del Estado-Nación: centro-periferia; Estado-iglesia; urbano-rural; y trabajadores-empleadores.

⁵ Es interesante las reflexiones de Aubry y Dockendorff (2014) sobre la importancia que juegan las élites como promotoras de la vigencia (o no) “de las divisiones políticas o ejes de conflicto”. Los autores, toman precisamente como objeto la reposición de la división autoritarismo/democracia del caso chileno.

de líderes populistas o que la penetración en el electorado no ha sido tan poderosa. Respecto de los tercios, añaden que el porcentaje de votos de los grandes bloques ha fluctuado ampliamente. Por último, especifican que el sistema de partidos chileno ha tenido una volatilidad electoral constantemente alta, así como que el número de partidos varió considerablemente y no fue tan lineal como se atribuía.

En esta línea -de repensar la teoría de clivajes- el trabajo de Aubry y Dockendorff (2014) retoma la discusión para el caso chileno. Lo hace a partir del esquema de Deegan-Krause (2007) que rebasa el uso de la noción clásica de clivaje. En este contexto, se plantea, a continuación, una discusión respecto a las escisiones que tradicionalmente han organizado la dinámica política en Chile y su vigencia en el sistema de partidos actual. El argumento principal es que la evolución reciente del sistema de partidos chileno confirma que la naturaleza y permanencia de los clivajes de clase y religioso son diferentes a la división autoritarismo/democracia. Si bien esta línea de división, a medida que avanzaba en la consolidación de la democracia, mantuvo una capacidad estructuradora (apoyándose en el sistema electoral), consideramos que la dinámica y cambios en el sistema de partidos muestran su condición transitoria con una naturaleza diferente a los otros clivajes.

En el siguiente apartado se examinan las fisuras desde la ‘consolidación’ institucional del país (primera parte del siglo XIX) hasta el regreso de la democracia en 1990. Estas escisiones han sido determinantes en la creación de nuevos partidos y en el reordenamiento de unas tendencias políticas más o menos estables (derecha, centro e izquierda). Luego, la atención se centra en la discusión respecto a la nueva fisura o división (autoritarismo/democracia) en torno al plebiscito de 1988 considerando su alcance y capacidad estructuradora. Finalmente, se analiza el reordenamiento del sistema de partidos tras las movilizaciones estudiantiles de 2011 y la elección de 2017 con el fin de resituar la discusión en torno a los clivajes en el Chile actual.

2. La evolución de los *cleavages* en el caso chileno

Según el análisis de A. Valenzuela (1985), la caracterización del sistema de partidos estuvo asentada por la consumación de una primera escisión denominada centro-periferia, la cual estuvo condicionada por las estructuras de influencia que fueron reticentes a desarrollar

un estado laico y más centralizado. Estas adversidades se originaron principalmente por divergencias de tipo regional, familiar y personal y en los grupos de poder de carácter terrateniente de tendencia conservadora (VALENZUELA, 1985, p. 6)⁶. Sin embargo, el punto relevante fue sellado por la emergente clase política que forzó –con las restricciones propias de aquel tiempo– un primitivo desarrollo económico, logrando apuntalar cuotas de poder en el terreno político-social y prosperar en la ampliación de la autoridad estatal a lo largo del país (VALENZUELA, 1985, p. 6). Ello relegó a las antiguas esferas de poder a un plano, si bien no secundario, de menor envergadura. Respecto al terreno social, podemos señalar la existencia de ciertas dosis de homogenización que nivelaron la constitución de unos regímenes limitadamente eficaces y estables.

Otra cuestión destacable, fue la concomitancia entre las clases de poderío económico, quienes se inclinaron, tras varios años de reticencias, por consensuar las diferencias a favor del progreso y perfeccionamiento de la nación. “El principal hecho que estableció el Estado fue la unificación política de los sectores agrarios y comerciales de las clases dominantes alrededor del poder de los latifundistas del valle central” (DEL CAMPO, 1991, p. 182). Tras ello, emergió una relativa estabilidad política en concordancia con unos novatos y aún frágiles partidos que permitieron igualmente poner en marcha programas políticos. En este marco, la Constitución de 1833 ajustó un sistema de tipo presidencial que ayudó a procesar un marco político que –con vacilaciones explícitas– persistió en las décadas siguientes. Desde su establecimiento, el Congreso evolucionó como epicentro de la autoridad política, eligiendo, periódicamente entre 1831 y 1970, a distintos presidentes y congresistas a partir de las reglas electorales (VALENZUELA y VALENZUELA, 1983, p. 11).

La segunda fisura se refiere al aspecto religioso⁷. Frente al avance de los grupos laicos y al impacto de sus decisiones en el entorno gubernamental, las diversas instituciones religiosas (en su mayoría de carácter conservador) aumentaron su influjo en la esfera pública y privada. Ante esta última arremetida, emergió como contrapartida una nueva élite anticlerical y, esta vez, con poder de decisión. El objetivo de estos grupos liberales fue potenciar la laicización en distintos círculos de la sociedad, inclusive en aquellos sectores de tradición conservadora

⁶ La lucha por el poder giró en torno a dos grupos políticos: los ‘pipiolos’, que apostaban por un ideario liberal y los ‘pelucones’ que se resistían a las reformas y se inclinaban por la tradición y autoridad.

⁷ Aunque temporalmente está comprendida desde la segunda mitad del siglo XIX, su origen lo podemos situar algunos años antes a modo de disonancia coyuntural que implicaba a todo el continente.

(por ejemplo, en la educación). Estos antagonismos políticos, sociales y valóricos forjaron un excepcional dinamismo en las actividades parlamentarias y partidistas, ya que debieron concretar acuerdos para asegurar los intereses y supervivencia de las partes. En este contexto, y tras el quiebre institucional de 1891, las fuerzas políticas de la época convinieron en reformar el sistema político, es decir, liquidaron el período presidencialista (considerada causa de la crisis) e inauguraron una nueva fase de características parlamentarias. El nuevo sistema de gobierno subrayó, por ende, el rol de las políticas legislativas, lo que provocó que los individuos, los grupos de poder y las élites expresaran sus demandas por intermedio de las orgánicas y facciones legislativas, logrando la consolidación de estas organizaciones políticas como dispositivo central en la construcción del Estado (VALENZUELA, 1985, p. 8).

La tercera fisura se acoge al conflicto de clase de principios del siglo XX. Éste germinó en un marco político visiblemente más competitivo y socializado que se manifestó en un mayor número de partidos. Un factor que ayudó a fortalecer este clivaje fue el proceso de industrialización mundial del que Chile no fue ajeno. Dicho apogeo industrial generó en paralelo un pujante desarrollo urbano que, con el tiempo, decretó un reordenamiento del mapa político. En términos generales, los partidos debieron yuxtaponer en sus programas y discursos las peticiones de los trabajadores manuales, así como aglutinar a militantes, adherentes y, sobre todo, al emergente voto proletario urbano.

Por su parte, la élite política-patronal optó, en muchos casos, por reprimir el ascendente mundo obrero con consecuencias graves, ya que lejos de apaciguar las contradicciones socio-políticas, provocó una mayor grieta social. Bajo este clima, el movimiento obrero apostó por participar en el espacio institucional, desplegando candidatos no solo en la esfera pública, sino en todos aquellos espacios con toma de decisión. Por ello, en términos orgánicos el proletariado industrial creó el primer partido obrero (Partido Democrático, 1887) y posteriormente logró elegir a su primer candidato al congreso (VALENZUELA, 1985, p. 9)⁸. La particularidad de esta última escisión es que promovió la formación de partidos fuera de las élites y de la esfera legislativa, restando hegemonía al *establishment* nacional y motivó una competencia entre las antiguas organizaciones partidistas, ya que fue preciso

⁸ Dicho lo anterior, el armazón social evolucionó al alero de cambios importantes y, en algunos casos, tendió a radicalizarse.

reconquistar y recuperar los espacios olvidados (electorado). Esta competencia “acabó posicionando a los partidos chilenos, como sucedió en otros lugares, en el continuo que va de la derecha a la izquierda” (SCULLY y VALENZUELA, 1993, p. 200). La enunciación de ideologías aún más ‘radicales’ que el Partido Democrático, fomentó la oferta y suscitó la fundación del Partido Obrero Socialista (germen del Partido Comunista) y de facciones y tendencias socialistas (de corte anarquista, latinoamericanistas, laicas, nacional-populistas) que posteriormente darán paso a la fundación del Partido Socialista (PSCh) en 1933.

Este sector progresó rápidamente (con rupturas, proliferación de facciones y con alianzas en forma de frentes populares) y se consolidó en un extremo del sistema partidista. Dicho desarrollo ideológico y, sobre todo, la experiencia aliancista acumulada, los transformó a finales de la década del sesenta en opción de gobierno bajo la Unidad Popular (UP). Por ende, la fisura de clase -apoyada, además, por un sector del mundo rural- ayudó a consolidar a las organizaciones obreras de fuerte injerencia sindical; a ellos se sumaron en los años sesenta sectores cristianos que provenían en su mayoría de la juventud de la Democracia Cristiana (DC) de cierto influjo marxista y de la teología de la liberación. Prueba de ello fue la irrupción del Movimiento de Acción Popular Unitario (MAPU) y la Izquierda Cristiana (IC) quienes ampliaron y enriquecieron los límites de las alianzas políticas, potenciando claramente el tercio de la izquierda.

Frente al anterior análisis de las fisuras, coexiste (entre otras) la perspectiva de Scully (1992; 1996) quien apela, además, a una fisura de clase rural. Según explica este autor, este clivaje surgió con la concienciación política que transfirió el mundo obrero hacia el campo (así como por los desplazamientos demográficos), proceso que se manifestó en torno a los años cincuenta. Dicha trascendencia radica en que “el control de la oligarquía sobre el voto campesino había sido piedra angular del sistema de partidos. Una vez removida en la década de 1950 esta piedra angular, se produjo una reorientación importante del sistema de partidos” (SCULLY y MAINWARING, 1996, p. 92).

Por ende, las variables que explican esta coyuntura apelan al conflicto eclesiástico (ante los cambios sociales); al intento de exclusión de la izquierda a raíz de la crisis política nacional; al reordenamiento y rol del centro; y la movilización de ciudades-sector rural. Para Scully (1992) lo significativo de esta escisión es que encaminó la formación de nuevas orgánicas y reorganizó los tipos de alianzas, lo que se materializó con la creación de la DC y

su irrupción como principal partido de centro. En muy pocos años la DC se transformó en opción de poder gubernamental (1964), situación que terminó con el tradicional equilibrio e impulsó la polarización del sistema, ya que “el nuevo centro al tratar de implementar su propio proyecto de modernización capitalista perdió la capacidad para desempeñar el papel de mediador que había mantenido el equilibrio del sistema cada vez más polarizado” (DEL CAMPO, 1991, p. 190). Es decir, el centro fue opción propia, más que un órgano moderador entre los polos. Posteriormente, con el ascenso del proyecto de la UP (1970), el sistema de partidos entró en una fase de características centrífugas, definido por un electorado que se inclinaba por cambiar estructuralmente el sistema económico-social y quienes se oponía a las transformaciones en curso. En 1973 el sistema político chileno entró definitivamente en crisis.

En líneas generales, y para no establecer una categorización estricta de los clivajes, se suele reconocer en la literatura dos tipos de fisuras clásicas que han dado vida al sistema de partidos chileno: la de tipo religiosa (siglo XIX) y la de clases (siglo XX). En torno a ellas se ha articulado la estructura misma del sistema, así como diversas ‘reconfiguraciones partidistas’ (se reconocen al menos cinco) y ‘divisiones fortuitas’, es decir, aquellas que no son propiamente un *cleavage* (y no generaron una ruptura social), pero igualmente fueron valiosas en el reordenamiento del sistema.

2.1. El centro como elemento permanente

Como especifica Scully (1992), el centro puede ser opción de encuentro/resolutivo o puede llegar a transformarse en alternativa frente al conflicto polarizado. Lo anterior es relevante para comprender el sistema pluripartidista de Chile ya que dicho sector fue inmutable en cada uno de los clivajes. En otras palabras, en las fisuras descritas -incluso en las ‘configuraciones básicas’- se registraron paralelamente tres procesos de reordenamiento del centro. Así, en torno al XIX, el centro político fue ocupado por el naciente Partido Radical (PR) quienes simpatizaban con los principios del laicismo humanista, bajo un espíritu racionalista y democrático⁹. Hay otros autores, como Scully (1992), que posicionan al Partido

⁹ Propició principalmente luchas contra el excesivo presidencialismo de la época, la descentralización y apostó por contrabalancear el poder de la iglesia.

Liberal como la principal orgánica de centro debido a la irrupción del Partido Democrático (1887) que enarboló durante un corto período las banderas del social-liberalismo y el laborismo de fines del siglo XIX.

Tras la coyuntura crítica de clase se generó el inevitable desplazamiento de los radicales al centro. Así, la izquierda se estructuró bajo partidos de inspiración marxista de fuerte poder movilizador en las urbes. Lo trascendental de esta escisión, es que se pudo observar con mayor claridad los límites de los tercios del sistema de partidos: una derecha conservadora junto a antiguos sectores liberales (enlazados con el presidencialismo y la iglesia); los radicales (PR) en el centro político; y la naciente izquierda bajo la representación de partidos de clase. Finalmente, con el tercer clivaje surgen con fuerza los demócratacristianos (desplazando a los radicales del centro¹⁰) quienes al poco andar se transformaron en opción de poder en el espacio legislativo y presidencial.

La discusión, en este sentido, apunta al papel de los partidos de centro y su función en cada una de las escisiones sociales. El PR operó como un “centro-pragmático” que favoreció la creación de un sistema de partidos centrípeto al negociar indistintamente con la izquierda para ganar elecciones y con la derecha para gobernar. Por otra parte, la DC habría sido un “centro-ideológico” que al intentar reemplazar al antiguo partido de centro y hegemonizar tanto a sectores de izquierda como de derecha contribuyó a las tendencias centrífugas del sistema de partidos, volviéndolo rígido y favoreciendo el quiebre institucional de 1973 (VALENZUELA, 2014, p. 70-78)

De hecho, uno de los principales aprendizajes del proceso de la renovación de la izquierda chilena en los ochenta (especialmente del socialismo), fue que debía desdibujar los viejos tercios del sistema con objeto de que las izquierdas convergieran con el centro (DC) para formar un bloque por los cambios¹¹. Esta idea insigne de la izquierda renovada tuvo claro que la meta era desdibujar o recrear los bloques del sistema de partidos, aprovechando, por cierto, la coyuntura crítica del momento que se enlazaba con el plebiscito (1988) y las elecciones (1989). Esta estrategia, llevó finalmente a la creación de la Concertación de Partidos por la Democracia quienes formaron una de las alianzas políticas más duraderas y

¹⁰ Los radicales adoptaron una posición cercana a la izquierda, aunque otras facciones menores terminaron acercándose a la derecha.

¹¹ Al calor de la crítica ideológica, ya no era posible hablar de una sola izquierda, sino de varios tipos (Garretón, 1987b, p. 29).

exitosas en términos electorales y de gobernabilidad. De allí que la pregunta que asalta hasta hoy es: ¿La bipolaridad del sistema (centroizquierda y derecha) que emergió en la postdictadura es fuente de una nueva fisura crítica?

3. La división Autoritarismo/democracia (A/D)

A simple vista, cuando asume formalmente el presidente democristiano Patricio Aylwin - apoyado por la Concertación- las banderas partidistas son casi idénticas a las del sistema de partidos pre-1973. Más aún, porque el sistema de partidos parece seguir rigiéndose por la antigua fisura de clase. Sin embargo, y como hemos apuntado, se evidencia un reacomodo de los mismos partidos en el sistema. De alguna manera, se produce un ajuste en los tradicionales tercios clásicos. Varias razones operan en esta situación: el ya nombrado proceso de la renovación ideológica de la izquierda (ROJAS CASIMIRO, 2017); el sistema electoral binominal; así como el agotamiento del antiguo proyecto y la fundación de la Concertación. Por otro lado, se genera un bloque de derechas que se organiza bajo el mismo origen: el ‘Sí’ a la continuidad de Pinochet. Por lo tanto, el plebiscito de 1988 constituye un catalizador que generó un reajuste/reordenamiento del sistema de partidos. Por ello, la pregunta que surge es: ¿En la postdictadura, prevaleció el anterior sistema tradicional pregolpe (con sus reacomodos naturales) o emergió uno nuevo bajo la fisura autoritarismo/democracia (A/D)?

Consultando la literatura, podemos distinguir a diversos autores que se inclinan claramente por la primera reflexión, es decir, por la continuidad de las escisiones históricas y niegan que haya surgido una fisura (SCULLY y VALENZUELA 1993; VALENZUELA. S, 1999; VALENZUELA *et. al*, 2007; RAYMOND y BARROS, 2012). Mientras un segundo grupo se inclina por la aparición de un nuevo clivaje, enraizado en lo político-social, que desdibujó la anterior fisura y configuró un nuevo sistema postdictadura (TIRONI y AGÜERO, 1999; SIAVELIS, 2000; TORCAL y MAINWARING, 2003; BONILLA *et. al*, 2011).

Este último grupo establece básicamente que los anteriores clivajes (religión y clase) fueron desplazados por un nuevo alineamiento (A/D) político-social emanado del plebiscito de 1988. Así, la nueva fisura se afianzaba en los partidos y en el rol de las élites, pero también

los trasciende (hacia lo social), transformándose en un *cleavage* sociopolítico en la línea de Lipset y Rokkan. Aunque la transición estuvo encabezada por partidos y líderes similares a los preexistentes a la crisis de 1973, Tironi y Agüero señalan que “la continuidad del sistema de partidos es más aparente que real. Persisten casi los mismos componentes, pero están estructurados de manera diferentes; siguen en escena muchos de los mismos actores de antaño, pero ahora desempeñan distintos papeles” (1999, p. 155).

Estos autores especifican que el nuevo paisaje político presentó dos cambios: a) hubo una permuta de un sistema multipartidista multipolar (que gira en torno a un centro) con una dinámica más centrífuga, a un nuevo sistema bipolar (dos polos sin un centro) y con una dinámica más centrípeta; b) el paso de un pluralismo polarizado (con gran distancia ideológica) a un pluralismo despolitizado o moderado con menor distancia ideológica y coaliciones bipolares en competencia por el voto de centro (TIRONI y AGÜERO, 1999). Bajo esta mirada, la consolidación de la Concertación durante la década de los noventa refleja empíricamente que el sistema terminó en una bipolaridad partidista, claramente menos ideologizada, con programas de gobierno más consensuados y la disipación del centro en favor de uno de los polos. Además, sostienen que este nuevo paisaje está conexo con una división social y masiva, es decir, le otorgan un carácter sociopolítico a partir de tres premisas: a) la nueva configuración bipolar (coaliciones) responde al quiebre de la democracia en 1973; b) la construcción de marcos de referencia político (generacionales), afinidades y lealtades que se plasmaron en el plebiscito; c) los alineamientos han perdurado, ya que los partidos se esmeraron por su vigencia a través de reformas a los enclaves autoritarios. Los autores declaran:

“El sistema bipolar de coalición no ha resultado un mero paréntesis mientras se regresa al escenario “normal” de los tres tercios. La experiencia autoritaria tuvo el efecto de crear una fisura generativa fundamental que ha reordenado el paisaje político chileno. El cambio no radica tanto en los partidos (que siguen siendo básicamente los mismos del escenario anterior) como su agrupación en dos coaliciones que actúan en la práctica como macro-partidos” (TIRONI y AGÜERO, 1999, p. 159).

Torcay Mainwaring (2003) van más allá para argumentar la evidencia de la fisura en torno al régimen autoritario: el rol de las élites políticas (‘desde arriba’) y cómo son capaces de originar los clivajes de base. Por ende, una fisura no necesariamente proviene o requiere de una división social estructural como tal. En otras palabras, en el Chile postdictadura se constituyó una fisura A/D de lo que llaman “agencia política” en donde lo político es más decisivo que lo social (‘desde abajo’):

Se argumenta que la aparición de los cleavages en un sistema de partidos es producto de la agencia política, la cual puede llegar a (re)definir las identidades y los conflictos sociales. El caso chileno ilustra este punto ya que la estructura del sistema de partidos actual está notablemente influida por determinados legados políticos del período autoritario. El cleavage entre quienes apoyan al pasado régimen autoritario y aquellos que se oponen a él, ha contribuido de manera notable a la formación del sistema de partidos (TORCAL y MAINWARING, 2003, p. 51)¹².

Más allá, de que estos últimos autores le den más peso al rol de las élites (en contraposición a lo social-estructural del modelo de Lipset y Rokkan), siguen apostando a que la división en torno al plebiscito de 1988 (desarrollo del legado autoritario) fue capaz de estructurar un nuevo sistema de partidos.

En oposición a esta idea, se ha planteado que no existe un clivaje social, sino más bien un realineamiento de carácter político e incluso transitorio (VALENZUELA S., 1999; ORTEGA, 2003; VALENZUELA *et al.*, 2007; SCULLY, 1995). Defensores de esta postura declaran:

“Si bien en esta fase del desarrollo del sistema de partidos chileno el elemento fundamental que articula las alianzas políticas es la posición de aceptación o rechazo del régimen autoritario expresada en las coaliciones del ‘sí’ o del ‘no’, ésta

¹² Ambos autores explican las tres posturas principales acerca de los *cleavages* y los sistemas de partidos: la sociológica (cambio social); socio-cultural (valores o ideológica) y de agencia política. Argumenta que “La interacción de los partidos políticos que compiten entre sí y sus discursos políticos pueden alterar las bases sociales de sus electores (...) la elaboración de sus políticas y su implementación desde el poder pueden modificar las preferencias políticas y culturales de los votantes y la propia naturaleza de los conflictos sociales” (Torcal y Mainwaring, 2003, p. 56).

es una división creada por el acontecer político chileno, no por grandes rupturas sociales históricas del tipo al que se referían Lipset y Rokkan” (VALENZUELA. S, 1999, p. 275).

En este sentido, es posible advertir que efectivamente no se evidencian nuevos asentamientos/identidades que dibujen o estructuren claramente el conflicto social; dicho de otra manera, no se explicitó el nacimiento de nuevos partidos relevantes y que, por cierto, fueran capaces de representar la fisura. Samuel Valenzuela, especifica que “la prueba de ello está en lo siguiente: una fisura social/histórica se ramifica en la formación de toda una serie de instituciones sociales, lo que proporciona el sustrato a lo que viene a ser una subcultura e identidad colectivas” (1999, p. 279).

Por ende, para este sector de la discusión, no se está en presencia de una fisura histórico-social, sino que emana de una coyuntura meramente política. Así, la división del sistema chileno en dos grandes coaliciones al regreso de la democracia no es un clásico clivaje (como el religioso y de clase), sino una transformación del sistema de partidos como resultado de posiciones políticas e ideológicas a raíz de un hecho fundamental (plebiscito). Frente a ello, es posible advertir que aquella transformación del sistema de partidos es la quinta desde la creación de los partidos (estables) en el país sudamericano y donde todas ellas se crearon a partir de coyunturas políticas y no necesariamente por fisuras generativas clásicas.

Así las cosas, Aubry y Dockendorff (2014) aportan gran luz al respecto. Señalan que al hablar de un clivaje político es pertinente adoptar el modelo de Deegan-Krause (2007), quien utilizando la enunciación original de Bartolini y Mair (1990) segmenta este tipo de divisiones en tres partes (véase Cuadro 1): estructura, actitudes e instituciones, dando paso al *full cleavage* o clivaje pleno. Así, las investigaciones basadas en la teoría de las fisuras generativas se ven ante la presencia o ausencia, según el caso, de uno o dos de aquellos elementos del *full cleavage*. Por ello, dice el autor, es preciso dar cuenta de “algo menos que un cleavage”:

“Es posible identificar la presencia de solo una categoría, la cual se denomina ‘diferencia’; estructural, institucional o actitudinal o de dos de estas, lo que corresponde a una división. En este último caso, las combinaciones de elementos de clivaje posibles serían: estructura más actitudes; estructura más instituciones; y

actitudes más instituciones (...) Para el caso chileno lo más adecuado desde el punto de vista teórico sería hablar de la división A/D” (AUBRY y DOCKENDORFF, 2014, p. 13).

Cuadro 1: Nomenclatura de divisiones políticas según concurrencia parcial de los componentes de un clivaje pleno según Deegan-Krause

	DIFERENCIA ESTRUCTURAL	DIFERENCIA ACTITUDINAL	DIFERENCIA INSTITUCIONAL
Diferencia estructural			
Diferencia actitudinal	División posicional		
Diferencia institucional	División censal	División temática	

Fuente: Deegan-Krause (2007).

Siguiendo aquella línea, es preciso apuntar que para el caso chileno no se rebela una diferencia estructural, sino una división temática¹³. En el fondo, para los autores el reajuste en dos grandes coaliciones permanentes no es fruto de un *cleavage* (A/D) en la perspectiva de Lipset y Rokkan, sino más bien de una división A/D en la línea planteada por Deegan-Krause y más precisamente una división temática y recreada por las élites políticas (‘desde arriba’)¹⁴.

Lo anterior cobra valor, ya que hasta 2011 no se había podido establecer con claridad la presencia de nuevos partidos trascendentes, sino más bien algunos caudillos que apoyados en partidos más bien débiles lograron cierta notoriedad pasajera: la Unión de Centro Centro (UCC) con F. J. Errázuriz en los noventa o Marco Enríquez-Ominami y la posterior fundación del Partido Progresista (PRO) en 2010, por nombrar algunos. Tampoco instituciones poderosas que circunden el conflicto dictadura/democracia y que hayan sido

¹³ Esta tipología (división) sería más precisa, ya que absorbe de mejor manera la teoría original y da cuenta de la presencia/efecto de ese alineamiento en el sistema. Por ello, es mejor referirse a una división temática y no una división estructural.

¹⁴ Además, exponen que la división A/D es retrospectiva y no tiene una dimensión proyectiva como las fisuras de religión o clase. Así, la división A/D expresa más bien valoraciones sobre hechos del pasado: apoyo al régimen autoritario, postura frente a las violaciones a los DDHH, etc.

capaces de quebrar u olvidar la fisura anterior. Incluso, la división A/D tendió a fortalecer a los partidos clásicos. Y si observamos la dinámica partidista en cuanto a tendencias (como se especifica en el Cuadro 2) las identificaciones políticas postdictadura han seguido, a grandes rasgos, una lógica a tres bandas a pesar de la existencia de dos grandes bloques generados por el plebiscito de 1988.

Cuadro 2: Distribución ideológica del electorado chileno, 1958-2017*

	1958	1961	1964	1970	1980	1985	1989	1993	1997	2001	2012	2014	2017
Derecha	31,4	23,8	17,4	26,6	16,6	21,9	22,8	26	21,2	13,4	11,9	16,9	
Centro	17,8	28,2	29	24,2	26,8	30,8	24,6	10	12,4	9,7	9,6	11,3	
Izquierda	24,5	26,5	32	26	42,9	23,3	33,7	27	24,2	21,1	20,2	15,4	
No responde	26,3	21,5	21,6	23,2	8,4	24,1	19	37	42,2	58,3	58,3	56,3	

Fuente: Ortega y Martínez (2017).

* Medido por las respuestas a la pregunta, “se siente más cercano a la derecha, centro o izquierda”.

Por ejemplo, en los noventa, el centro (DC) continuó dominando aquel espectro, incluso con mayor apoyo y poder tanto a nivel porcentual en sus candidatos parlamentarios, así como a la hora de imponer sus aspirantes presidenciales (Aylwin y Frei). Además, aquí entra en juego la variable institucional de los *cleavages*, es decir, la trascendencia de las reglas electorales, la cual en el caso chileno fue determinante bajo el régimen binominal, ya que obligaba a los partidos a formar grandes alianzas para alcanzar puestos legislativos, incentivando que la centroizquierda se afianzara bajo ese paraguas (Concertación). Por ello, hablar de una división A/D es más preciso que establecer un *cleavage* en la línea clásica, ya que no se generaron todas las variables que requiere el caso, sino algunas de ellas, que motivaron un evidente reordenamiento del sistema de partidos. Lo anterior, cobra sentido a raíz de los cambios/reformas tras las elecciones legislativas de 2017, donde además de

celebrarse elecciones bajo nuevas reglas electorales (proporcional inclusivo), asomaron dos fuerzas nuevas en el mapa del sistema de partidos.

4. Las movilizaciones de 2011 y las elecciones de 2017: cambios en la estructura de clivajes

En la última década el sistema de partidos chileno ha registrado una serie de innovaciones importantes. Una parte de éstas constituyen el reflejo de cambios sociales y culturales que han contribuido a la reestructuración de los anteriores clivajes. Aunque estos cambios se han gestado con anterioridad a los comicios de 2017, esta elección confirmó las tendencias de conmutación que, por otra parte, el nuevo sistema electoral contribuyó a acelerar.

En Chile se vive una progresiva desidentificación de los ciudadanos con sus partidos. Éstos ya no son, como sostenía Garretón (1987a), la columna vertebral de su sistema político. A ello se une un aumento de la desconfianza hacia los partidos, así como hacia otras instituciones del sistema político. Este hecho entraría en consonancia con los procesos de desafección que experimentan otras democracias fatigadas (Alcántara, 2019). Además, en Chile se viene produciendo desde hace una década un aumento de la polarización de su sistema de partidos. Este proceso estaría en conexión con la tendencia constatada en otros sistemas políticos que han visto aumentar las tendencias centrífugas (Barreda y Ruiz, 2020). Junto a ello, el aumento de la volatilidad hace que en Chile se camine hacia una mutación en el tipo de institucionalización de su sistema de partidos que ahora entraría dentro de los denominados sistemas hidropónicos (Morales, 2014).

En ese contexto, se abren nuevas perspectivas en la discusión sobre los clivajes, especialmente a partir de las movilizaciones estudiantiles de 2011. A medida que avanzaban los años de la transición el clivaje A/D fue perdiendo fuerza a medida que las generaciones nacidas después de 1990 fueron transformándose en población en edad de votar. La irrupción de esta nueva generación, que Cristóbal Bellolio denomina post-Pinochet (2019, p. 204), se combinó con cambios institucionales en el sistema electoral con el paso desde la inscripción voluntaria y voto obligatorio hacia la inscripción automática y voto voluntario en 2012, y luego, el fin del sistema binominal pasando al sistema de representación proporcional D'Hondt con cifra repartidora entre 3 y 8 dependiendo del distrito/circunscripción.

Así, mientras la generación post-Pinochet se restó de inscribirse en los registros electorales durante los noventa y la primera década del nuevo milenio y, en general, la identificación con los partidos que protagonizaron las tensiones A/D fue a la baja, los partidos de la transición tuvieron serios problemas para llevar adelante procesos de renovación interna. Esto propició la elaboración de la tesis del reemplazo por parte de la nueva dirigencia estudiantil de izquierda y sectores liberales de centroderecha que buscaban rehuir del legado de la dictadura.

Las demandas de la movilización estudiantil de 2011, que cuestionan los efectos de la privatización del sistema educativo, tienen el potencial de instalar un nuevo clivaje al interior del sistema de partidos. Se puede decir que estas demandas por el fin al lucro o por la gratuidad en la educación superior instalan la fisura Estado/Mercado (AVENDAÑO, 2014, p. 44; BELLOLIO, 2019, p. 222; PARDO Y KIMBER, 2022, p. 111) o también denominada Público/Privado (MAYOL, AZÓCAR Y BREGA, 2011, p. 13). Si el plebiscito de 1988 fue un hito de socialización política y la coyuntura crítica que organizó la competencia política de la transición, las movilizaciones estudiantiles que se extendieron por gran parte del año 2011 propician la capacidad de agencia de las nuevas élites políticas para establecer una nueva fisura en el sistema de partidos:

“A diferencia de la vía de la renovación, la estrategia de reemplazo requirió de un hito originario, un sucedáneo que jugará un rol similar al que jugó el plebiscito de 1988. Ese hito fueron las movilizaciones de 2011. Las generaciones post-Pinochet, nacidas en los ochenta y principios de los noventa, participaban al fin de un suceso político del cual eran protagonistas. Esta coyuntura les permitió emanciparse de una épica ajena y generar una nueva, y en torno a ella fijar renovadas coordenadas de pertenencia ideológica y afectiva.” (BELLOLIO, 2019 p. 212).

Aunque la experiencia del plebiscito de 1988 y el clivaje A/D siguen siendo relevantes para la generación que se socializó alrededor de esa coyuntura, en la generación *millennial* o post-Pinochet, ésta pierde poder explicativo, centrándose mucho más en la discusión sobre quién es el mejor proveedor de derechos sociales -si el sector público o el sector privado- dando forma al clivaje Estado/Mercado. Sostendrá Bellolio, que es un clivaje en clave

sandeliana (2019, p. 222). La movilización de 2011 es generativa del espacio que permitirá el recambio generacional que vive la élite en la última década y que hace su irrupción en el campo electoral en la elección de 2017. Los casos más emblemáticos de efectividad de la estrategia del reemplazo y el surgimiento de nuevos partidos políticos a raíz del clivaje Estado/Mercado rehuyendo del clivaje A/D es Revolución Democrática (RD) por el frente izquierdo, y Evolución Política (EVOPOLI) por el derecho (BELLOLIO, 2019, p. 214). Las movilizaciones de 2011 fueron también el hito fundacional de la coalición del Frente Amplio (FA) que, junto al Partido Comunista, consiguió ganar la elección presidencial de 2022 con Gabriel Boric.

La elección de 2017 es clave en la configuración de lo que también se ha llamado el clivaje etario. Es la elección donde a nivel de élites irrumpen electoralmente los partidos de las nuevas generaciones. El FA penetra de forma nacional con la candidatura presidencial de Beatriz Sánchez y consigue elegir 20 diputados y 1 senador, la mayoría con militancia en RD. A su vez, EVOPOLI compite con su líder Felipe Kast en la primaria de la coalición de centroderecha Chile Vamos, y luego, logrará escoger 2 senadores y 6 diputados en el Congreso (BELLOLIO, 2019, p. 215). Pero esta elección también es clave a nivel del comportamiento del electorado. El análisis muestra que en esta elección el clivaje generacional es un predictor más importante que el eje izquierda/derecha, sobre todo en la generación post-Pinochet. Si bien se mantiene la ideología como un factor relevante, en el caso de los más jóvenes, la pertenencia a su grupo etario es más relevante para explicar su voto en esta contienda (BUNKER, 2020, p. 16-17).

Si bien, el nuevo clivaje Estado/Mercado o el clivaje generacional son producto de coyunturas específicas, tal como lo fue en su momento el clivaje A/D, éstos caben perfectamente en la nomenclatura de Deegan-Krause. No estamos frente a un clivaje pleno en virtud de la presencia de una diferencia estructural, pero sí existe una división temática, pues se combinan fisuras a nivel actitudinal (entiéndase las posiciones respecto a la dicotomía sandeliana sobre la mayor o menor presencia del estado o el mercado en la sociedad) y también una fisura institucional, pues a diferencia de lo que ocurrió post 1988, ahora sí surgen partidos, e incluso nuevas coaliciones con posiciones marcadas frente a la división temática (tanto RD como EVOPOLI coinciden en rehuir del clivaje A/D, pero se posicionan en las antípodas del clivaje Estado/Mercado). Incluso hay una coincidencia parcial con lo que

Torcay y Mainwaring (2005) sostenían de la división A/D, respecto al nuevo clivaje Estado/Mercado o el clivaje generacional. En ambos, las élites (desde 2011, una élite generacionalmente novedosa), desde arriba, originan el clivaje de base desde la agencia política, importando más lo político que lo social.

Es probable que el clivaje Estado/Mercado o el generacional no encajen a cabalidad en la concepción de clivaje tradicional de Lipset y Rokkan, pero sí dan luces de movimientos importantes al interior de la configuración del sistema de partidos. La nueva literatura sobre clivajes reconoce esta situación. Bellolio (2019) sostiene que la variable generacional no constituye un clivaje propiamente tal en el sentido sociológico o institucional, ni es suficiente para explicar todo el escenario político post 2017. Pero sí es posible analizar la extensión en el tiempo de la división Estado/Mercado desde las movilizaciones de 2011, hasta la discusión constituyente (p. 222). Bunker añade que la aparición del clivaje etario en las elecciones de 2017 se enmarca en lo que ha estado ocurriendo en otros fenómenos electorales en democracias maduras del mundo, donde se ha ido diluyendo el eje izquierda/derecha a favor de la teoría del *backlash cultural* elaborado por Norris e Inglehart (2019). Son los casos de la elección presidencial que llevó a Emmanuel Macron al poder en Francia o los resultados del Brexit en Reino Unido en 2016. Además, considera que tener en cuenta el comportamiento diferente de los más jóvenes respecto al resto de las generaciones en el país adquiere relevancia a la luz de la crisis política que derivó en el estallido social de octubre de 2019, protagonizada en un inicio, precisamente, por los jóvenes estudiantes (BUNKER, 2020, p. 19).

Finalmente, Pardo y Kimber (2022) van más allá al plantear una nueva concepción en el uso del concepto de los clivajes. Ellos sostienen que los clivajes son:

“Una orientación metodológica que permite segmentar en tres ejes que tienden a ordenar la estructura cognitiva y perceptiva con que se evalúa e interpreta el entorno [...] El primero, que denominaremos económico, está compuesto por las preferencias que manifiestan los individuos por un determinado sistema económico, ya sea orientado hacia al libre mercado, o hacia un sistema con regulación estatal. El segundo eje, definido como valórico, distingue a los individuos según ellos se identifiquen con posiciones liberales o conservadoras, y el tercer eje, definido como político, que mantiene la distinción clásica entre la izquierda y la derecha.” (PARDO

Y KIMBER, 2022, p. 111).

Los nuevos partidos surgidos en la última década en Chile se componen del eje económico donde se enmarca claramente la fisura Estado/Mercado. La discusión sobre los derechos sociales en la primera Convención Constitucional en el periodo 2021-2022 ha reforzado esa tendencia. La existencia misma de RD y EVOPOLI, que pese a tener elementos en común - su alejamiento del clivaje Pinochet o su generación-, mantienen su posición a la izquierda y la derecha respectivamente, da cuenta de la permanencia del eje político. Finalmente, nuevas agendas como los derechos reproductivos de las mujeres, el aborto, o los derechos de la comunidad LGBTI, han abierto el eje valórico en el país, y la respectiva resistencia a esta agenda, representada en la fundación del Partido Republicano que en la última elección presidencial (2021) superó en el paso a la segunda vuelta a la coalición tradicional de centroderecha y se instaló con una importante bancada para el nuevo periodo legislativo 2022-2026.

5. Conclusiones

En este trabajo se ha abordado la evolución de la estructura de clivajes de Chile como base para comprender los cambios en su sistema de partidos. Se trata de transformaciones que no pueden ser explicadas, únicamente, desde el punto de vista sociológico o institucional.

Como se ha argumentado, el multipartidismo bipolar que se consagró a partir de las elecciones de 1989 en Chile ha dado lentamente muestras de su erosión tanto en su formato como en sus niveles de institucionalización y en el tipo de competencia política que se plantea más volátil, competitiva y fluida. Las movilizaciones de 2011 y las elecciones de 2017 apuntalan algunos de estas transformaciones que son impulsados por el cambio del sistema electoral. Nuevos clivajes han sido discutidos por la teoría, pero destacan el clivaje Estado/Mercado y el clivaje etario.

Además, se ha mostrado que los clivajes sociológicos, en el caso chileno, han sido el eje e hilo conductor del sistema de partidos y, por lo tanto, cumplen con los requisitos establecidos para nominarlos como tales. Como apreciamos, todos ellos asoman con nuevos partidos (propios de la fisura) y una reestructuración del sistema. Además, es posible advertir

que dichas escisiones sociales se han dado en consonancia con los clivajes, que podríamos denominar, clásicos (entiéndase iglesia, clase, rural), es decir, en línea con otros sistemas de partidos que han vivido coyunturas críticas similares.

Así mismo, el trabajo ha argumentado que, en el caso de Chile, se aprecia un intento permanente por fijar un centro político en cada uno de los clivajes (partidos con opción de poder). Dicho rol va variando en cuanto a banderas partidistas, ya que en cada fisura es posible observar la asunción de un partido nuevo, ya sea bajo el influjo del liberalismo, del laicismo reformista o el socialcristianismo.

Por otra parte, se ha razonado que la línea de división autoritarismo/democracia en comparación con los clivajes de clase y religioso tiene unas características diferentes y, por ende, se aleja del concepto clásico. Cuestiones como el origen ‘desde arriba’ de dicha línea de división, su carácter transitorio, así como su diferente capacidad para condicionar el surgimiento de la oferta partidista, son criterios en que se apoya este argumento. Así, remarcamos que el apareamiento de estas orgánicas políticas -tomando en cuenta sus procesos fundacionales, las líneas o discursos políticos- no están determinados por el efecto único de A/D. Al respecto, el análisis de la progresión de dicha contraposición en los comicios de 2017 evidencia la capacidad restringida de esta división para determinar, de manera contundente, las dinámicas concernientes con la oferta partidista y la estructura de la competencia política de Chile, una vez reformado el sistema electoral postdictadura (de binominal a uno de carácter proporcional) que puso fin a las dos coaliciones hegemónicas y anunció la cimentación de cuatro grandes bloques.

Sobre la discusión, a estas alturas permanente, en torno a los clivajes del caso chileno, no existe gran diferencia a la hora de definir y catalogar su trascendencia en los siglos pasados, sin embargo, surgen diferencias y matices sobre el llamado clivaje Pinochet o autoritarismo/democracia, ya que para una parte de la discusión no hay duda sobre su anclaje social y político y, por ende, su determinismo en la evolución del sistema de partidos, mientras que el otro sector establece serias dudas y se allana a instituir, más bien, una división A/D en línea con una reconfiguración del sistema (y no un cleavage clásico o *full cleavage*). Aunque la discusión sigue abierta, desde nuestra perspectiva, estamos en un momento de transición desde el clivaje autoritarismo/democracia hacia nuevas configuraciones e incluso formas de entender el concepto mismo del clivaje. Ha asomado en la discusión el clivaje

Estado/Mercado o el generacional, pero en otros lados, especialmente en el espacio europeo y norteamericano, se ha visto la proliferación de otras fisuras como el Globalismo/Nacionalismo o el Integración/Autosustentación que perfectamente podrían anclarse en el país (FORTIN, 2021, p. 18-20).

Bajo este panorama, los partidos políticos más tradicionales (todos aquellos que se forjaron y consolidaron en el siglo XX) se enfrentan a un desgaste y descrédito. En este sentido, los partidos tradicionales se enfrentan al reto de renovar sus postulados en torno a los clivajes existentes para competir, incidir y lograr sobrevivir en un contexto de acentuación del multipartidismo.

6. Referencias

ALCÁNTARA, Manuel. Los partidos y la fatiga democrática. Revista de Derecho Electoral, San José de Costa Rica, n. 28, pp. 1-24, 2019.

AUBRY, Marcel y DOCKENDORFF, Andrés. Cuarenta años no son nada: ¿la reposición del clivaje autoritarismo-democracia en el sistema de partidos chileno? Revista de Sociología, Santiago, n. 29, pp. 9-36, 2014.

AVENDAÑO, Octavio. “Fracturas y representación política en el movimiento estudiantil. Chile 2011.” Última década N°41, Proyecto juventudes. pp. 41-68, 2014.

BARREDA, Mikel y RUIZ Rodríguez, Leticia, “Polarización ideológica y satisfacción con la democracia en América Latina: un vínculo polémico”, en Revista del CLAD Reforma y Democracia, n. 78, pp. 5-28, 2020.

BELLOLIO, Cristóbal. “Juego de generaciones. Apuntes sobre el nuevo paisaje político chileno”. Estudios Públicos 154. pp. 201-229, 2019.

BONILLA, Claudio *et al.* Social or political cleavages? A spatial analysis of the party system in post-authoritarian Chile. Public Choice, v. 146, n. 1, pp. 9-21, 2011.

BUNKER, Kenneth. “El clivaje etario. Backlash cultural en Chile”. América Latina, Hoy Vol. 87. pp. 1-14, 2020.

COX, Gary. Making Votes Count: Strategic Coordination in the World’s Electoral Systems. Cambridge: Cambridge University Press, 1997.

DEL CAMPO, Esther. Unas notas sobre el sistema de partidos en Chile y Argentina en tiempos de crisis. Revista Estudios Políticos, Madrid, n. 74, pp. 177-210, 1991.

DEEGAN-KRAUSE, Kevin. New dimensions of political cleavage. *In:* Russell Dalton y Klingemann, Hans Dieter (eds.). Oxford handbook of political behavior. Oxford: Oxford University Press, 2007. p. 538-556.

DUVERGER, Maurice. Les partis politiques. París: Armand Collins, 1954.

FORTÍN, Carlos. “Globalización. La crisis de los 30 años”. Revista Diplomacia N°145. pp.14-23, 2021.

GARRETÓN, Manuel Antonio. Reconstruir la Política: Transiciones y consolidación democrática en Chile. Santiago: Editorial Andant, 1987a.

GARRETÓN, Manuel Antonio. Las ideas de la renovación socialista. Síntesis y balances. Santiago: FLACSO-Chile, 1987b.

LIPSET, Seymour y ROKKAN, Stein. Party systems and voter alignments: crossnational perspectives. New York: Free Press, 1967

MAINWARING, Scott et al. Repensando los sistemas de partidos chilenos. POSTData, Buenos

Aires, n. 7, pp. 155-188, 2001.

MAYOL, Alberto, AZOCA, Carla y BREGA, Carla. “El Clivaje Público/Privado: Horizonte Último del Impacto del Movimiento Estudiantil en Chile 2011”. *Kütral: Revista de Sociología*, 2(3). pp.9-32, 2011.

MORALES, Mauricio. Congruencia programática entre partidos y votantes en Chile. *Perfiles Latinoamericanos*, México, n. 44, pp. 59-90, 2014.

MUNCK, Gerardo and BOSWORTH, Jeffrey. Patterns of Representation and Competition: Parties and Democracy in Post Pinochet Chile. *Party Politics*, v. 4, n. 4, pp. 471-493, 1998.

NORRIS, Pippa y INGLEHART, Ronald. *Cultural Backlash: Trump, Brexit and Autoritharian Populism*. Cambridge: Cambridge University Press, 2019.

PARDO, Juan y KIMBER, David. “Develando la coexistencia de múltiples clivajes en la opinión pública chilena”. *Revista de Sociología*, 37(1). pp. 109–126, 2022.

ORDESHOOK, Peter y SHVETSOVA, Olga. Ethnic Heterogeneity, District Magnitude and the Number of Parties. *American Journal of Political Science*, v. 38, n. 1, pp. 100-123, 1994.

ORTEGA, Eugenio. Los partidos políticos chilenos: cambio y estabilidad en el comportamiento electoral 1990-2000. *Revista de Ciencia Política*, Santiago, v. 23, n. 2, pp. 109-147, 2003.

ORTEGA, Eugenio y MARTÍNEZ, Francisca. La nueva configuración del sistema de partidos chileno y la situación del PDC. Análisis primera vuelta elección presidencial y parlamentaria 2017. Net, Santiago, diciembre 2017. Disponible en: https://www.cdc.cl/web/wp-content/uploads/2018/01/Doc-Nueva-Configuracion_vf-K.pdf Consultado el: 23 septiembre 2020.

POWELL, Bingham. *Contemporary Democracies: Participation, Stability and Violence*. Cambridge: Harvard University Press, 1982.

RABKIN, Rhoda. Redemocratization, Electoral Engineering, and Party Strategies in Chile, 1989-1995. *Comparative Political Studies*, v. 29, n. 3, pp. 335-356, 1996.

RAYMOND, Christopher y BARROS, Brian. Parties, cleavages and issue evolution: the case of the religious-secular cleavage in Chile. *Party Politics*, v. 20, n. 3, pp. 429-443, 2012.

ROJAS Casimiro, Mauricio. *La renovación de la izquierda chilena durante la dictadura*, Santiago de Chile: Mago Editores, 2017.

RUIZ Rodríguez, Leticia. “Les décisions des partis et leurs coalitions dans le Chile démocratique”, en Dabène, Olivier (dir.), *Amérique Latine, les elections contre la démocratie?* Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques. París, 2008.

SCULLY, Timothy. Los partidos de centro y la evolución política chilena. Santiago de Chile: CIEPLAN-Notre Dame, 1992.

SCULLY, Timothy y MAINWARING, Scott (comp.). *La construcción de instituciones democráticas: sistemas de partidos en América Latina*. Santiago: CIEPLAN, 1996.

SCULLY, Timothy y VALENZELA, Samuel. De la democracia a la democracia: continuidad y variaciones en las preferencias del electorado y en el sistema de partidos en Chile. Net, Santiago, invierno 1993. Disponible en https://www.cepchile.cl/cep/site/docs/20160303/20160303183754/r51_scully.pdf Consultado el: 23 julio, 2020.

SIAVELIS, Peter. Continuidad y cambio en el sistema partidista chileno: sobre los efectos de transformación de una reforma electoral. Revista de Ciencia Política, Santiago, v. 20, n. 2, pp. 82-102, 2000.

TIRONI, Eugenio y AGÜERO, Felipe. ¿Sobrevivirá el nuevo paisaje político chileno? Net, Santiago, invierno 1999. Disponible en: https://www.cepchile.cl/cep/site/docs/20160303/20160303183721/r74_tironi_aguero.pdf Consultado el: 23 julio 2020.

TORCAL, Mariano y MAINWARING, Scott. El conflicto democracia/autoritarismo y sus bases sociales en Chile, 1973-1995: un ejemplo de redefinición política de un cleavage. Revista Española de Investigaciones Sociológicas, Madrid, n. 103, pp. 51-82, 2003.

VALENZUELA, Arturo. Orígenes y características del sistema de partidos en Chile: Proposición para un gobierno parlamentario. Estudios Públicos, Santiago, n. 18, pp. 1-69, 1985.

VALENZUELA, Arturo. *El quiebre de la democracia en Chile*. Ediciones Universidad Diego Portales, 2014.

VALENZUELA, Samuel. Respuesta a Eugenio Tironi y Felipe Agüero: reflexiones sobre el presente y futuro del paisaje político chileno a la luz de su pasado, Net, Santiago, invierno 1999. Disponible en: https://www.cepchile.cl/cep/site/artic/20160303/asocfile/20160303183719/r75_valenzuela.pdf Consultado el: 24 de julio 2020.

VALENZUELA, Samuel y VALENZUELA, Arturo. Los orígenes de la democracia. Reflexiones teóricas para el caso de Chile. Net, Santiago, invierno 1983. Disponible en: https://www.cepchile.cl/cep/site/docs/20160303/20160303183822/r12_valenzuela.pdf Consultado el: 07 de agosto 2020.

VALENZUELA, Samuel *et al.* The Enduring Presence of Religion in Chilean Ideological Positionings and Voter Options. Comparative Politics, New York, v. 40, n. 1, pp. 1-20, 2007.